

la frente serena y vigorosa al lado de la cabeza rasa del gran señor, en vano circundado de eunucos, de odaliscas, de mudos y de protocolos. El imperio otomano, imperio de pura conquista, por mas que reconozca el poder y la necesidad de regenerarse (1), no es nacion, y por tanto no tiene condiciones de vida.

Nada podia en las montañas del Líbano el gobierno de Constantinopla, y en la parte restante de Siria no tenia mas que lo que llamaba, se diria, un poder fiscal; mandaba bajás para administrarla, pero dejaba á su consideracion los expedientes administrativos, á trueque de que sacáran dinero. En cuanto dejara un bajá de contentar á los empleados y á los eunucos, se le pedia un sucesor, que tenia que echar mano de la insolencia y la violencia para ponerse en su lugar, y que se chupaba la sangre al pueblo. Fué célebre allí la dominacion de Diezzar, bajá de San Juan de Acre; fué su administracion larga y tremenda para los administrados, provechosa para el soberano. Á su muerte ocurrieron los acontecimientos que dieron lugar á que el bajá de Egipto ocupara el país.

Aquella provincia, después de Diezzar, fué gobernada por Soliman, bajá de Damasco, y después por el arrojado jóven Abdallah, que pensó en hacerse rey de Siria. Temerosos de esto los otros bajás le sitiaron en San Juan de Acre (abril 1822), por lo cual recurrió á Mehemed Ali, virey de Egipto, por cuya mediacion consintió el sultan en dejarle el bajalato, bajo la condicion de que le pagara un fuerte tributo. Para procurarse los medios necesarios, Abdallah agravó la suerte de los súbditos y especialmente de los montañeses del Líbano. El emir Bescir Sceab y el chaíque Bescir Giomblat, señor del Líbano y de los Drusos se le opusieron, pero fueron vencidos, y este quedó hecho prisionero y el otro se escapó, pero pronto se reconcilió con Abdallah. Mas en 1833, el virey de Egipto, que desde mucho tiempo estaba codiciando la conquista de aquel hermoso país, mandó á su hijo Ibrahim con un ejército para, en apariencia, hacer favor á aquel, pero en realidad porque impedia exportar del Líbano madera para

otros cinco por el cuerpo legislativo; pero la eleccion de este puede ser anulada é impedida por el alto lord comisario. El Senado designa todos los empleados superiores y judiciales: tiene en sus manos toda la administracion; tiene la iniciativa de todos los proyectos de ley y puede anular las decisiones del cuerpo legislativo. Este último, segun las reformas que se introdujeron, en 1849, en el estatuto de 1848, se reduce á votar los proyectos de ley que le presentan el lord alto comisario, el Senado y ademas uno de los miembros que primeramente habia informado de ello al Senado y al lord alto comisario. Para que sea ejecutiva una ley, tiene que estar aprobada por las dos cámaras; pero aun después de esto puede repudiarla el protector.

(1) En el preámbulo del famoso Hattihérif de Gullané, Abdul-Medjid dice: « Hace ciento cincuenta años que por sucesivas desgracias y por causas diversas, y tambien por no haberse obrado conforme á la ley sagrada y á los preceptos augustos, el poder y la prosperidad pública se han cambiado en debilidad y pobreza; demostracion evidente de que la estabilidad de un Estado no puede mantenerse cuando no es administrado segun las leyes. »

la flota, favorecia el contrabando, acogia los fugitivos: y habiéndose apoderado de él, conquistó toda la Siria, tomó por asalto á Acre, por mas que desde el frustrado ataque de Buonaparte se reputara inexpugnable, y solo fué reprimido por la diplomacia europea y el tratado de 8 de julio de 1833 que daba al virey de Egipto el bajalato de Siria.

La ocupacion de la Siria por los Egipcios hizo pensar á la Francia en la antigua proteccion que allí dispensaba á los pueblos cristianos; pero el espíritu revolucionario menospreciaba las antiguas miras bajo el absurdo título de no intervencion y estaba mirando con gusto la resurreccion del Oriente por medio de los Egipcios. Así estos pudieron devastarlo todo, por permitirse la resistencia que seguian haciendo á su gobernador los montañeses del Líbano, cuyo emir al cabo se vió precisado á aceptar las condiciones que le impuso Ibrahim. Si hubiera estado libre la Francia en su política, podia, apoyando á los Cristianos del Líbano, arreglar tambien á los Egipcios; pero como vacilára, dió pié á toda Europa de ponerse contra ella, y de hacer un tratado para sostener á la Puerta Otomana, excluyendo á la Francia. En virtud de aquel tratado los Turcos tomaron posesion de la Siria, y Mehemed Ali se veía otra vez reducido al Egipto, y los Cristianos de la montaña abandonados á los musulmanes y á la anarquía, y al antiguo sistema de hacer destruir á los Maronitas por los Drusos, y á estos por aquellos. Efectivamente, los Drusos, asegurados del favor de los Ingleses, se echaron encima de los Maronitas, haciéndoles tiras, y no obstante las promesas del convenio de 1840, fué decretado que sería el Líbano directamente gobernado por los Turcos, lo cual equivalia á la expropiacion en masa de una poblacion entera. Essad bajá, que impelia á ejecutar las órdenes de la Puerta Otomana, fué acusado como fautor de la Francia, y llamado. Poco después los mutualis (?) unidos á los Drusos y á los Turcos cometieron abominaciones é hicieron estragos contra los Cristianos, sobre los cuales es de consultar Eugenio Poujade, *Le Liban et la Syrie*, 1845-1860. Ni siquiera fueron castigados los instigadores ni los ejecutores de aquellas carnicerías, ni cuasi tampoco por la opinion, que estaba preocupada por los movimientos que acarrearón las revoluciones de 1848. Estos desviaron las miradas del Oriente y de la Siria, pero á fines de 1850 volvió á llamar la atencion aquel país con motivo del litigio relativo á la Tierra Santa. La guerra de Crimea y la malhadada paz de Paris redundaron en perjuicio de los Cristianos de Siria, quitándoles aquella independencia de que habian gozado siempre bajo el patrocinio frances.

Pero, por mas que el artículo 9 de aquel convenio asegurara á los Cristianos del imperio turco y por lo mismo á los de Siria, no se distinguia á estos de los demas, y nuevos estragos mancharon la Siria (Lenormant, *Massacres de la Syrie*: Poujoulat, *La vérité sur la Syrie et*

Pexpédition française; Saint-Marc Girardin, *La Syrie* en 1861), provocados indudablemente por la autoridad turca, y Auned bajá, gobernador de Damasco, durante aquellos estragos, decia: *Dos grandes azotes hay en Siria, los Cristianos y los Drusos, y cuando los unos hacen pedazos á los otros, toda la ventaja la saca la Puerta Otomana*. Efectivamente, esta quiere hacer ver que la salvaguardia que en 1845 les dieron las grandes potencias, no hicieron mas que empeorar el estado de las cosas, y que por consiguiente es por demas observarla. Así es que esta aplicó á aquel país una represion feroz. La expedicion francesa detuvo un momento aquella ferocidad; pero esta se volvió á marchar por causa de las instancias que hicieron la Inglaterra y la Turquía, sin conseguir aquel gobierno único, nacional, cristiano que estaba pidiendo la Francia desde veinte años para aquellos, y como decian diplomáticamente, el indigenato. Sin embargo, aquí hallaria su lugar la cuestion de nacionalidad, por la cual se puso en dispersion á toda Europa, al paso que no sabe aplicarse á Asia.

Tambien se pensó en hacer de la Siria un principado para Abd-el-Kader, lo cual hubiera sido otra distribucion de pueblos hecha, segun costumbre, bajo el velo de la independencia de los pueblos, y por consiguiente hubiera sido la devastacion y otra causa de esterilidad de aquellas comarcas del Líbano que inspiraban simpatías á cuantos las visitaban y á cuántos esperaban que la regeneracion del imperio musulman no podia provenir mas que de la emancipacion de los 14 ó 15 millones de súbditos suyos cristianos. La única cosa útil que allí se hizo, fué poner la curia romana, estableciendo ahí bajo la direccion del gagarin un seminario, en el cual se renovó el clero de la Siria por medio de estudios y de celo por aquella fe que supo conservar en medio de tantos siglos de persecucion.

En este momento (1865) vuelve á ponerse grave la situacion del Líbano. Daud bajá, su gobernador, incita la Puerta á la destruccion de la nacionalidad de los Maronitas para establecer tambien allí aquella concentracion que hace la fuerza de los gobiernos y la esclavitud de los pueblos en Europa. Á la cabeza de los Maronitas está José Karam, y contra este Daud bajá obtuvo un firman del gran visir; excita cuasi los pueblos á sublevarse y tiene alborotada la montaña por querer arrancarle un acto de sumision que sería la renuncia á los privilegios nacionales y obligarle á que vaya á tributar homenaje á Daud bajá, como si no tuviera presente todavia que, en 1861, bajo semejante pretexto se vió Karam rodeado de tropas y reducido á la obediencia y á la emigracion. En efecto, se veía en aquel entónces sujeto á una medida parecida á la que se ha adoptado hoy dia en Italia, es decir, al domicilio forzoso por el espacio de tres años; pero al vencimiento de aquella sujecion volvió Karam á visitar á

sus amigos y á su montaña. Daud quisiera que los obispos y notables domáran al bey Karam que sin embargo se está quieto, y semejante tenacidad parece encubrir el proyecto de promover una sublevacion, que le daria lugar de ejercitar las 5 ó 6,000 bayonetas que tiene preparadas.

La Europa deja degollar, gloriándose del gran principio de no intervenir.

La profecía de Napoleon cuando dijo que dentro de cincuenta años la Europa toda sería republicana ó cocasa, expresaba la lucha entre la civilizacion representada por los gobiernos que buscan la utilidad universal, y la fuerza que quiere mantener los privilegios é impera en beneficio de unos pocos. La Santa Alianza, que se habia propuesto por objeto la tranquilidad europea por medio de la intervencion, quedó disuelta de hecho desde el momento en que Prusia y Austria se convirtieron en potencias constitucionales; pero la Rusia, exenta de conmociones, permanece como torrente suspendido en lo alto, pronto á hacer irrupecion mientras los diques son derribados por todas partes. Ya, en efecto, ha ocupado aquellos principados del Danubio, que como campo predestinado á guerras decisivas no lejanas, eran objeto de la codicia y de los celos de los diplomáticos europeos. La Rusia ha enviado ejércitos para reprimir algunas sublevaciones, á otras ha amenazado; y entretanto ha concluido de incorporar á su imperio la Polonia y de someter las conciencias á su férrea unidad. La Francia, habiendo abandonado súbitamente la política de simpatía que abrazó al declararse republicana, ha perdido, no solamente todo su influjo, sino tambien toda su dignidad. Inglaterra si no impulso, ha dado favor á los movimientos, que debilitando á sus rivales le presentaban ocasion de lucro, tratando al mismo tiempo de impedir sus excesos. Disipado el primer ardor, se vuelve en todas partes á la unidad de gobierno monárquico ó republicano; pero todos están persuadidos de que la situacion es precaria; de que algo viene madurándose irremediamente; de que concluye una edad mientras se anuncia el alba de otra; todos vuelven los ojos hácia esta; pero no se buscan nunca las soluciones con tanta pasion como cuando son imposibles.

CAPÍTULO XXXVIII

Literatura.

La literatura del siglo anterior, por poco original que fuese, habia tomado, á consecuencia del intento comun de demoler, una fisonomía propia y una apariencia de unidad. Consiguió su objeto, pero conseguido, se dividieron como es costumbre los vencedores, y ejercitaron á la ventura sus fuerzas con la variedad de fines y de medios que forma el carácter y el defecto de la literatura moderna. Vino después

la Revolución, que no agitó solamente los ingenios de Francia, y el entusiasmo favorable ó adverso á ella, y la vista ó la esperanza de grandes conmociones, quitaron á los escritores la reflexión y á los lectores la calma. La mano debía entonces combatir, no escribir; ni otra cosa podía ser la literatura mas que el talento aplicado al axámen de los negocios públicos. Las tribunas de Inglaterra y Francia resonaron con los acentos de una elocuencia que no tenia ejemplo, porque jamas se habian agitado en ellas tan grandes intereses: la poesía vivia en los movimientos populares y guerreros y en alguna cancion, que sin poderse llamar bella, renovó los prodigios de la lira de Anfiton y Orfeo. Cuando los ánimos se tranquilizaron un tanto, se hizo de moda José Chenier; pero el entusiasmo de sus composiciones líricas no era sino el de su tiempo: sus tragedias, que entonces gustaron por las alusiones que contenian, se separan de la historia y son de una regularidad fria; en su vejez el desengaño le inspiró sin embargo gemidos y quejidos robustos.

Habiendo desaparecido los grandes objetos que habian hecho gigante á la República, y habiendo absorbido una voluntad todas las voluntades, reservada la admiracion para un solo hombre, los periódicos dispensaban elogio ó prodigaban dicitrios segun las órdenes que de él recibian, haciéndolo como Geoffroy con crítica nada graciosa ni urbana, hija de la del siglo anterior, en que no se apreciaba mas que la apariencia, en que no se conocia á Shakespeare sino á través de Voltaire y de Ducis, en que La Harpe, ingenio elegante y tímido y á veces entusiasta, no veía nada mas grande que los siglos XVII y XVIII y hacia consistir la gloria de Racine y de Voltaire en haber añadido nuevas gracias al genio de Sófocles y de Eurípides.

La protección administrativa que se dispensaba á las artes de la imaginacion, inducia á escribir solo para obtener premios y pensiones; no puede buscarse en aquella época sino fuera de Francia la literatura independiente y activa, poseída del recuerdo del gran papel que habia desempeñado en el siglo anterior.

En Alemania, un saber mas profundo obligaba al entendimiento á dudar y á elaborar todos los materiales de lo pasado. Göthe y Schiller habian abandonado las huellas extranjeras para seguir la naturaleza y el sentimiento: críticos insignes analizaban las razones de lo bello como sentimiento absoluto, sometido á leyes y condiciones precisas, erigiendo la estética en ciencia filosófica, que mediante la idea juzga lo que cae bajo la inspeccion de los sentidos y reduce á reglas lo que solo era una impresion. Bamgarten, mas que la esencia de lo bello, enseñó los modos prácticos de inventarlo, disponerlo, juzgarlo, y unas veces coloca la perfeccion en la forma exterior de los objetos, otras en el modo de sentirlo. Kant no pone

la esencia de lo bello en los objetos sino en el entendimiento, y distingue la belleza libre de la belleza adherente; con cuyo sistema hace subjetiva la idea de lo bello, de modo que no tiene existencia propia, resultando solamente del libre impulso de la imaginacion. Fichte, que sacó las últimas consecuencias de la doctrina de Kant, sometió el arte á la moral, como todo, haciéndolo representante de la lucha del hombre contra la naturaleza y del triunfo de la libertad. La estética quedó verdaderamente constituida y emancipada con la filosofía de Schelling, la cual hizo consistir la belleza en la armonía de lo finito con lo infinito, de la existencia fatal con la actividad libre, de la vida con la materia, de la naturaleza con el espíritu; de donde dedujo que el arte era la mas alta manifestacion del espíritu. De aquí se siguieron profundos estudios sobre este noble ejercicio de las facultades, y luego la restauracion del arte cristiano, hasta entonces considerado como toco é infructuoso. Fácil era sin embargo confundir la filosofía, el arte y la religion, y las formas que respectivamente les son propias; y en efecto, ciertas abstracciones sentimentales, místicas y simbólicas invadieron no solo el campo de la literatura, sino tambien el de las artes figurativas. Hegel determinó mejor los límites del arte, sometiendo á la religion y á la filosofía como representante de la verdad bajo formas sensibles, y llegando al espíritu por medio de los sentidos y de la imaginacion. Estudiándolo despues en su manifestacion histórica, dió la teoría de las artes particulares y determinó los principios y las formas esenciales de cada una, formando así un sistema completo.

Fundada la estética en la psicología, la desarrollaron Hagedorn, Heinsio, Herder, Engel, Sulzer, en la *Mejor manera de leer á la juventud los clásicos*, sacó de estos las reglas artificiales de bellezas nuevas, distinguiéndolas de lo bueno y de lo perfecto; Tieck elevó la crítica á lo moral. Los Schlegel abarcando todas las literaturas, dedujeron que esta sirve para representar las nacionalidades y el carácter intimo de los autores y de los pueblos. La crítica abandonó las pequeneces humanistas, y la prosaica inclinacion de Kant se extendió á todo el saber y á los sistemas religiosos y políticos; que no estudió solamente las diferentes formas de la literatura en los distintos países, sino las causas de su vida y de su duracion; que no se esforzó tanto en descubrir defectos, como en aumentar los goces, revelando nuevos méritos en los originales, buscando lagunas que llenar, fragmentos que recomponer, civilizaciones que resucitar; que unió el espíritu crítico y especulativo con la creacion, con el drama, con la poesía lírica; que analizó el corazon y supo hacerle palpitar.

La literatura alemana habiéndose asociado á la lucha nacional contra el extranjero, y no hallando en los tiempos inmediatos cosa digna de entusiasmo, se lanzó á la edad média y aun mas

allá; estudió la antigua importancia de la raza germánica, la libertad, la caballería, la poesía, el arte cristiano procedentes de ella, y la primacía que se le confirió con el imperio, hasta que la perdió sometiéndose al influjo frances en política y literatura; y de todo dedujo que debía buscarse la originalidad.

Mad.
de
Staël
1766-
1817.

Con este aliento se inspiró Luisa, la baronesa de Staël, hija de Necker, sin genio pero con muchísima energía, pues que unia al vigor de un hombre la gracia de una mujer, la razon á la fantasia. Educada entre el espiritualismo y el positivismo en los primeros años de la Revolución, en tantas trasformaciones que infundian tantas esperanzas, aspiró á la realizacion de las reformas á que dió impulso su padre, y despues, en los horrores y en el desengaño que sobrevinieron meditó y escribió una asombrosa defensa de María Antonieta, que puede llamarse un grito de mujer y de madre. De regreso á su patria, en tiempos mas tranquilos, se esforzó en restablecer las bases sociales, la cultura, la delicadeza, la supremacía del talento, mediante el cual llegó á ser una potencia. La educacion, las creencias, la veneracion á su padre y sus primeros amigos, la mantuvieron en aquel término medio de la política que es paralelo al protestantismo en religion, y que se limita á desear monarquías templadas. En las *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, uniendo el amor al orden con el afecto á la libertad, de la cual no desertó aunque la vió extraviada, mostró con elocuencia nueva los progresos del orden social, los males que acompañan á las revoluciones, el provecho que de ellas saca el poder absoluto, y el orden que de ellas nace, y el amor y el odio hicieron que su obra causara sensacion profunda. La enemistad de que hizo gala contra el materialismo del Imperio aumentó hasta el extremo la intensidad del efecto que producía su silencio en los libros y sus epigramas en los salones contra el *Robespierre á caballo*. Napoleon desterrando á esta amazona intelectual, aumentó con la persecucion el influjo del pensamiento por ella representado.

La baronesa de Staël, volviendo la vista desde Francia burlona é incrédula á la Alemania grave, estudiosa, creyente, idealista, escribió acerca de este país cuando le duraba todavía el calor de una conversacion en que lo halló todo justo y todo admirable; hablando como enamorada de aquellos filósofos y poetas, y dándolos de este modo á conocer á toda Europa. En su *Literatura entre los antiguos y modernos* elogió á Shakespeare sobre Racine, y atacó á Boileau. En la *Corina*, poema, novela y tratado filosófico, pintó el corazon y la sociedad mejor que la naturaleza y las artes, y los indecibles padecimientos del genio en medio de la prosa cotidiana. Pero la importancia de sus escritos estaba en aquella independencia que presentaba como elemento del genio; en establecer teorías de gusto que eran consejos de dignidad y de valor; en dirigir una constante protesta contra

el gobierno imperial, con la fuerza de la voluntad, con el entusiasmo por la libertad, y con la confianza en el progreso. Cuando los partidarios del César no veían mas que el Imperio fundado en las bayonetas; ella dijo: « Nuestro orden social se funda tan solo en la paciencia y en la resignacion de las clases laboriosas. » Entusiasmada por todo lo que era independencia, justicia, valor, se lanzó al porvenir llegando mas allá de donde se habian atrevido á llegar los que se titulaban fuertes pensadores, y merced á la exquisita finura de su corazon, entrevió la armonía de las cuestiones literarias con las políticas. Pero si desaprobaba en Göthe que restableciese la mitología, por otra parte no comprendió á los que miraban el Cristianismo como fuente del genio moderno, y exclamaba: « Acaso no seamos capaces en bellas artes de ser Cristianos ni paganos; ni el arte ni la naturaleza se repiten; lo que importa en el actual silencio del buen sentido es evitar el desprecio de que se pretende cubrir todas las creaciones de la edad média. » Mas admirable en la conversacion que en el escrito, ejercía aquella superioridad femenil que tan bien supo pintar en la *Corina*, y la multitud de sus amigos contribuyó poderosamente á propagar ideas literarias, en parte opuestas y en parte mas amplias que las de la escuela. Para esta era el mérito principal la imitacion, mientras que la corte de la señora Staël queria la originalidad; la escuela profesaba ciertas reglas arbitrarias; los amigos de la señora Staël eran partidarios de la emancipacion; la una aspiraba á modelarse por las ideas y tipos griegos y latinos, los otros no despreciaban los tipos menos perfectos y mas conformes con nuestro tiempo, que se encuentran en los tiempos románticos; y de aquí les vino este nombre.

Los que buscaban una fórmula para el romanticismo decían con Schlegel: « La contemplacion del infinito ha revelado la nulidad de cuanto tiene límites; la poesía de los antiguos era la del placer, la nuestra es la del deseo; la antigua se establecia sobre el presente, la moderna oscila entre los recuerdos de lo pasado y el presentimiento del porvenir. » Era, pues, el romanticismo la expresion de un sentimiento mas profundo del presente en relacion con el pasado, considerado bajo un nuevo punto de vista. Los clásicos miraban las reglas, no como una historia de lo que hicieron los mejores escritores y un medio para imitarlos, sino como dotadas de un poder productor: los románticos pusieron la soberanía en el individuo, é hicieron la estética ciencia racional, no coleccion empírica. La escuela clásica, nacida entre las cortes, donde son infinitas las atenciones, las consideraciones, las reservas aristocráticas, tomaba mas contorno que colorido, mas lógica que fantasia y se mostraba escasa de imágenes, porque era escasa de sentimiento: por el contrario, la escuela romántica que se decia hija del pueblo, daba producciones menos limadas;

pero mas vivas. Los clásicos pintaban á la humanidad en lo que tiene de general, la verdad en abstracto, la belleza como procedente de la unidad, sin cuidarse del color local ni de los pormenores de organizacion; miéntras que los innovadores querian la verdad viva, la verdad del individuo mas que la de la especie, los tipos excepcionales mas que los comunes. Aquellos que por tanto llegaban fácilmente á la belleza de convencion, que impropriamente llamaban ideal, y como las especies son pocas, se encerraban en un campo estrecho; al mismo tiempo que los otros tenian delante de sí al universo, si bien en la eleccion fácilmente podian caer en lo trivial ó desvanecerse en fantásticas exageraciones.

Tambien la lengua debia resentirse de estas doctrinas, y las palabras conquistar la igualdad como las personas, no debiéndose rechazar las propias para reemplazarlas con ingeniosas y pálidas circunlocuciones, ni alambicar el estilo cortesano, sino interrogar el lenguaje del pueblo. En conclusion, la variedad y el infinito eran el carácter del género romántico, que por consiguiente introducía la forma lírica en todo.

La diferencia entre estos dos géneros aparecia mucho mas en el drama, que es la reflexion activa del hombre sobre sí mismo, en que nuestras pasiones se convierten en placeres en vez de afligir con su accion, y reflejándose en las acciones de otro, se reconocen á sí mismas, y se gozan sin temerse. Como el teatro es el único lugar donde actualmente el poeta se encuentra frente á frente con el público, en él ha debido hacerse el mayor cambio, tanto mayor cuanto mas miserable era la tragedia escolástica, que se consumía en diálogos demasiado poéticos para pintar la naturaleza, ó demasiado prolifos para la pasion, y se hallaba encerrada en un círculo de sensaciones ficticias ó previstas.

Los que no querian ver en el romanticismo mas que la corteza, mas que una escuela distinta de la clásica, y una rebelion contra las reglas, empuñaron la cuestion hasta el punto de hacer consistir el romanticismo teatral en faltar á las tres unidades escolásticas. Sin embargo, desde principios del siglo XVIII, La Mothe habia demostrado lo absurdo de estas unidades, y Metastasio evidenciado que no se apoyaban en la costumbre griega, si bien uno y otro se atuvieron á ellas no osando decir francamente la verdad, de la cual no es mas que una parte el rompimiento de las unidades.

Lessing, negando á los criticos franceses la inteligencia verdadera de la teoría y de la práctica de los Griegos, y partiendo de esta, proclamó la libertad. Con mas extensos conocimientos los hermanos Schlegel demostraron el poder de Shakespeare, no ya derivado de las licencias poéticas, sino expresado por estas; tradujeron un drama indio (*la Sacontala*) que probaba que en los países mas diversos, el instinto poético despreocupado echa mano de los mismos recursos, huyendo siempre de expe-

dientes mezuquinos; y comparando la literatura dramática de los diversos pueblos, manifestaron cómo se habia engrandecido entre los Griegos, los Españoles y los Ingleses, desembarazada de las reglas que los humanistas habian deducido falsamente de Aristóteles.

Pero si el drama es la forma mas expresiva de la civilizacion, tambien deben proporcionarse á esta forma las demas composiciones, y así es tiranía ignorante establecer de antemano las reglas, segun las cuales se ha de expresar la inspiracion, que solo tiene eficacia cuando es la revelacion personal de sentimientos y de ideas. Por otra parte, los apóstoles de la nueva escuela no infringian deliberadamente los preceptos antiguos del arte, sino que buscaban la inspiracion en el sentimiento y en la verdad, pintando con sus naturales colores los vicios, las virtudes, las debilidades de la época. Chateaubriand fué el jefe de esta escuela en Francia, gracias á la oportunidad de sus escritos.

Los miserables triunfos de la impiedad, que declarando hipótesis la Providencia, la inmortalidad, el orden, los sustituía con otras hipótesis como la fatalidad, el acaso, la nada, y no dejaba al hombre mas que el orgullo de un mentiroso saber, la conviccion de la duda universal, la desesperacion de una ambicion impotente, no prometian aquella estabilidad que solo procede de la armonía de una creencia humana y religiosa. Algunos se arrastraban todavía en pos del carro desguarnecido de Voltaire; otros se preparaban á adular al nuevo héroe que pagaba las adulaciones con empleos y elogios oficiales; pero cuando este restauró la religion antigua como medio de disciplina, Chateaubriand quiso describirla como bella. El materialismo que la ciencia habia comunicado á la poesía, tenia á esta reducida á los límites de una fria contemplacion, y los enciclopedistas, habiendo renegado de la naturaleza y de Dios, si habian escrito con cálculos y reglas, jamas habian podido escribir una página con el corazón. Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo* restituyó al cielo y á la tierra las misteriosas armonías que tienen con la existencia humana, y á la religion, conmovida por los sarcasmos de Voltaire, el ingenio de Diderot, la impetuosidad de Rousseau, los vértigos de Raynal, dió por defensa las gracias de la imaginacion, la vida de los afectos, las bellezas del culto. Tal efusion de armonías desusadas hizo que se leyera con avidez este libro, y por consiguiente que fuese atacado con saña y frivolidad: Hoffmann y Morellet lo combatieron como un estudiantuelo con aquel estilo listado de púrpura y de harapos, ya levantado, ya rastreado, que no rehuye la palabra vulgar para expresar la idea grande.

El *Genio del Cristianismo*, como libro de circunstancias, tiene sus ventajas y sus inconvenientes. En vano se buscan en él la profunda sumision y la elevada idea de la Iglesia Católica y de la luz que difunde sobre la historia, sobre

la política, sobre la ciencia humana; no discute los fundamentos de la fe. No se contenta con una fe vaga en la Providencia ni con aceptar el Cristianismo constituido; pero tampoco quiere discutir; aspira solo á buscar los dogmas en el corazón, á restituir á la imaginacion las creencias, á rechazar el materialismo con el argumento de Diógenes que se ponía á pasear delante de quien negaba el movimiento. *Yo no he cedido á la influencia de grandes luces superiores; mi conviccion ha nacido del corazón: lloré y he creído*, dice, y por esta senda misma quiere encaminar á sus lectores. Pone, pues, el sentimiento ántes que todo, aun con mengua de la razón. El pensador tiene por ligereza aquel modo de tratar el Cristianismo, como aspiracion individual, mas bien que como pensamiento colectivo de la humanidad, síntesis de todas las concepciones y regla de todos los actos; el escéptico cobra osadía al notar cuán fácil es la respuesta á sus razones, y el hombre austero juzga frívolo un libro que no hace mas que desflorar las bellezas de la religion. Otras tantas ó mas podria presentar el Olimpo, y sin embargo no inspiraba el sacrificio, no sublimaba la razon, no imponía la caridad. Pero como artista, Chateaubriand es admirable en sus descripciones; con su imaginacion da mas intensidad á las sensaciones y las describe valiéndose de las relaciones morales de las cosas; la restauracion literaria que se pretendía verificar tanto en las ideas como en las formas consagradas, y el espectáculo de las fecundas ruinas de la Revolucion, dieron á sus escritos grandes defectos y eficaces cualidades.

Parece que el dar complemento á las revoluciones es propio de hombres medianos, los cuales se acomodan á las necesidades de la transaccion. Chateaubriand queria separarse de lo antiguo, pero despues de haberse apropiado lo que consideraba mejor entre las viejas instituciones; de modo que en política miraba la Revolucion como un extravío pasajero al cabo del cual era preciso volver al camino trillado.

Á la teoría expuesta en el *Genio del Cristianismo* sujetó tambien sus novelas. *La Atala* y *Chactas*, siguiendo las huellas de Bernardino de Saint-Pierre, pero con mayor profundidad, estaba en armonía con aquel dolor de experimentos frustrados que hace imaginar feliz la vida salvaje. El *Renato* revelaba las pasiones íntimas, las vagas ilusiones del alma, que no pueden ser satisfechas sino por la fe religiosa; el descontento de una sociedad lanzada fuera del antiguo carril, y sin haberse abierto otro nuevo; la literatura meditabunda y patética. En los *Mártires*, queriendo mostrar que la mitología pagana no es mas poética que el Cristianismo, eligió felicisimamente el siglo en que la una vivía al lado del otro; jóven este y rodeado de la luz de la verdad y del fuego de la persecucion, y rejuvenecida aquella por el contraste y la ilustracion que le daban los mismos dogmas perseguidos. Sin embargo, Chateaubriand

llevó la antítesis hasta el punto no solo de dar á sus personajes, sino de tomar él mismo alternativamente el lenguaje cristiano y el gentil; no estando bastante fuerte en la historia, confundió opiniones y colores de edades distantes, y los mezcló con los modernos; por acumular los hechos no dejó espacio bastante para desarrollar los afectos, y desconoció la sencillez, que entraba por tanto en el heroísmo de los mártires.

Como sucede respecto de otros muchísimos Franceses, sus mejores obras son las primeras(1); sin embargo, su eficacia comenzó tarde. Miéntras mandó Napoleon, la literatura no progresó en Francia; (2) y la fortuna, como si hubiese querido mortificar á aquel su hijo mimado, concedió dos grandes poetas á la nacion su rival.

En Jorge Byron gustaba el siglo de aplaudir la personificacion y la ostentacion de muchos de sus defectos; aquel aire de padecimiento en medio de los deleites; aquella generosidad en las obras, escarnecida en las palabras; aquel hablar de libertad cuando se anhelaba el despotismo; aquel sustituir la excepcion á la regla y pintar halagüeño el vicio presentando su lado favorable, aquella descripcion de vidas tempestuosas, de situaciones violentas, de almas en que se mezclaban el delito y la tristeza, de bandoleros presentados con todo el prestigio del heroísmo, de mujeres extraordinarias, de costumbres y países diversos de los que solian pintar los poetas, y al hombre luchando no con los gigantes ni con el destino, sino con sus pasiones audazmente rebeladas contra el deber. Byron, no pudiendo tolerar el calvinismo de su patria, se abandonó á la incredulidad pagana ó escéptica; y con talento insigne, con egoísmo profundo, con soberbia inmensa atacó á la aristocracia puritana y á la aristocrática clase media de Inglaterra; pero miéntras dirigía sus tiros al corazón de los hipócritas, se mofaba tambien de los liberales é insultaba á todos los principios en sus escritos y en sus acciones. No conoció ó no amó la naturaleza, y tomando por musa el desprecio, y no dejándole trasformarse el intenso vigor de su genio, copiaba siempre el mismo modelo con diverso ropaje; es decir, se copiaba á sí propio ó lo que veía y sentía.

La edad média creó dos tipos del pecador: Fausto, que en sus vértigos de ambicion intelectual queria saberlo todo para ser omnipotente, y Don Juan, encenagado en la sensualidad. Göthe tomó el primero y Byron el segundo, obrando cada uno conforme á su genio particular. En el *Fausto*, Göthe recorre toda la vida y la historia para dirigir una sonrisa sarcástica á la vanidad de la ciencia, de la belleza y hasta de la virtud, y á todos los esfuerzos de la humani-

(1) Jamas estuvo tan mal acertado como en sus obras póstumas.

(2) Chateaubriand mismo dice que dos cosas contribuían á impedir los progresos de la literatura: la impiedad, heredada de Voltaire y de la Revolucion, y el despotismo de Buonaparte, que la encartelaba, y la obligaba á obedecer, á presentar las armas, y á maniobrar con los soldados.